



SANTA CLARA
1956

III CONCURSO DE MICRORRELATOS



Hay un momento en que todos los obstáculos se derrumban, todos los conflictos se apartan, y a uno se le ocurren cosas que no había soñado, y entonces no hay en la vida nada mejor que escribir.

Con esta frase de Gabriel García Márquez elogiando la escritura, abrimos esta publicación, que recopila varias de las obras presentadas en el III Concurso de Microrrelatos del Club Santa Clara, aquellas que han obtenido algún voto del jurado.

Desde el Club Santa Clara agradecemos la colaboración de todas las personas implicadas que han hecho posible esta convocatoria: Reyes, Gerardo y Sole, de Fotobook, Javier Martín, Yolanda Hidalgo, y los componentes del jurado: Teresa Ibáñez, Enka Montero y Margarita Monge (miembros de la Junta Directiva), Nemesia Matarredonda y Cristina Pérez-Aguilera (del Club de lectura Santa Clara), Pilar Lebeña Manzanal (escritora, periodista y profesora) y Antonio Molina Flores (escritor y profesor en la Universidad de Sevilla).

Este año la palabra que debía aparecer en los microrrelatos era “lluvia”. Ha sido gratificante comprobar que la mayoría de los participantes han estado cómodos con esta elección y, como contrapartida, hemos recibido un aguacero de refrescantes palabras que han llenado el Club de breves y perdurables charcos.

Esperamos que para la próxima convocatoria “derrumbemos muchos obstáculos” y podamos compartir “todas esas cosas que ni siquiera hemos soñado”.

Sevilla 2022



SANTA CLARA
Club

CATEGORÍA INFANTIL I



LA GOTA ERNESTO

Ernesto era una gota que nunca caía. Sus amigos se burlaban de él porque tenía miedo. Siempre había vivido en una nube y le asustaba pensar qué había más abajo. Por eso cuando pedían voluntarios para bajar él siempre se escondía detrás de alguna gota más grande.

Un día todos le animaron a que se convirtiera en lluvia, así que lo hizo. Se dio cuenta de que si se transformaba podía tener muchas más amigas gotas con las que podía viajar a sitios desconocidos. Y Ernesto fue feliz.

FERNANDO VILLEGAS MARTÍN. 1º PREMIO



CHAAC

Kiko tenía claro desde pequeño que quería ser explorador. Su sueño era encontrar el tesoro escondido de los mayas. Había leído muchas historias sobre los templos mayas y las trampas que contenían para que ningún ladrón llegase al tesoro. Según había estudiado muchos exploradores habían fallado porque se habían confiado y pensaban que serían más listos que los constructores de los templos.

Por fin llegó el día en que iniciaría la búsqueda del tesoro en la selva. Llevaba un mapa que había copiado de un libro, una linterna, una navaja y una cantimplora. Un explorador no necesitaba nada más. Entró en la selva y buscó el templo durante horas y horas. Ni la lluvia ni el frío le impedían seguir adelante. Por fin, encontró el templo. No era como se lo imaginaba, era mejor. Buscó una forma de entrar. Finalmente, encontró un hueco por donde se colaban los monos. Entró y descubrió una inscripción y muchas estatuas pequeñas. La inscripción decía: “Éste es el templo de Chaac”. Kiko abrió la compuerta y se encontró con una pequeña catarata. A su lado, ponía escrito en maya: “el agua, nuestro tesoro”.

MIGUEL BARRAL MARTÍN. 1º FINALISTA

CARLOS EL DUENDE

Érase una vez una niña que se llamaba Sara y que quería salir a jugar, pero de repente vino la lluvia. No podía ir al parque, pero se le ocurrió una idea: llamar a su amigo para que se viniera a casa.

Llamaron al timbre y ella preguntó: ¿quién es? Pero nadie respondió. Volvió a preguntar otra vez y entonces sí contestaron. Era un niño desconocido, pero que también quería jugar.

Fueron a su cuarto y jugaron a muchas cosas. El niño se llamaba Carlos y le contó que era un duende y que vivía en una madriguera del jardín de la casa de Sara. Le explicó que se hacía grande cuando llovía y así podía conocer a otros niños.

Después salió el sol y Carlos le dijo que tenía que volver a su casa. Sara se quedó triste, esperando a que lloviera otra vez.

JUAN PABLO GARCÍA MARTÍN. 2º FINALISTA

LOS PIRATAS DE LA LLUVIA

Érase una vez una perra llamada Tara que iba a salir a pasear, pero, mientras Fernando (su dueño) cogía su correa, empezó a llover.

Fernando se quedó pensando qué podían hacer, ya que veía triste a su perra, hasta que se le ocurrió jugar como si fueran piratas. Cogieron unos peluches e hicieron una guarida y, en vez de dispararse con pistolas, hicieron guerras de cojines.

Abrieron la ventana para que entrara la lluvia e hicieron como si se estuviera hundiendo el barco. Sacaron toda el agua posible y luego cerraron la ventana, como si hubieran conseguido tapar la fuga de agua.

Cuando paró de llover, Tara se quedó muy triste, no le apetecía hacer nada; ni siquiera jugar en los charcos, que era una de las cosas que más le gustaba. Se sentó a los pies de Fernando y se quedó esperando a que volviera a llover para jugar de nuevo con él.

ANDRÉS JOSÉ GARCÍA MARTÍN



LA VIDA

Estaba preparado para salir de la oscuridad. Me sentía como una oruga en un capullo antes de convertirme en una mariposa, antes de que todo el mundo supiese que yo tendría capacidad para volar. Me enfrentaba a un momento de fuertes emociones, pero deseaba que el esfuerzo mereciera la pena. De repente, silencio. Como si el mundo entero estuviera en una biblioteca leyendo un libro. De pronto, noté sobre mi cuerpo una fuerza extraña. Estaba viviendo una lluvia de sensaciones, a cada momento, una distinta. Silencio de nuevo. Esta vez duró sólo unos instantes. Algo me impulsó. Abrí los ojos lentamente. No vi nada, pero inmediatamente sentí el amor de mis padres.

JULIA BARRAL MARTÍN. 1º PREMIO



EL CUMPLEAÑOS

Antes de leer esta historia os pido que no os fieis de nadie.

Era una noche de lluvia cuando Marco conoció a Tomás en un cumpleaños de la hija de Tomás, pues sus dos hijas parecían llevarse bien. Eran amigas del colegio y Raquel, la hija de Tomás, invitó a la hija de Marco a su cumpleaños.

Pero, con detenimiento, los padres de las niñas pudieron observar que las niñas no tenían nada en común. Una era rubia la otra era morena, a una le gustaba el fútbol a otra el patinaje, a otra su color favorito era el azul y el de la otra era el rosa. Al final, se enteraron de que en realidad las dos niñas eran enemigas y se hicieron pasar por amigas para que sus padres no se enteraran de que se llevaban mal.

¿Os acordáis cuando os dije que no os fiarais de nadie? Bueno, pues os acabáis de fiar de mí, las niñas eran amigas desde el principio.

DE JELLY CAT.

CARMEN RODRÍGUEZ GALBIS. 1º FINALISTA

BRUJEANDO

Era una tarde de lluvia y Rosa no sabía qué hacer porque no le habían mandado deberes en el cole.

Recurrió a su padre para ver si podía decirle algo que la animara a no estar tumbada en el sofá el resto del día. Su padre le propuso ir a la biblioteca. Le pareció una buena idea, cogió su mochila y se fué.

Cuando llegó, saludó a Luisa, la bibliotecaria y se fué directamente a su zona favorita. La de libros de magia.

Cogió uno al azar y se puso a leerlo. Le gustó. Se quedó mucho rato leyéndolo, hasta la hora de volverse. Rosa le preguntó a Luisa si podía llevarse el libro a su casa y ella le respondió asintiendo con la cabeza.

Al llegar a casa, en vez de Harry, se encontró un gato negro. La maceta de su ventana estaba marchita. En el lugar de su guitarra había una escoba. Se rascó la nariz y ¡Ah! había una verruga.

Agobiada abrió el libro buscando respuestas y encontró algo increíble. ¡Una foto de su propio padre!

Sonó la puerta de su cuarto.

—Rosa, ¡a merendar!

—¡Voy papá! ¿Me puedes poner magdalenas voladoras?

CARMEN RODRÍGUEZ GONZÁLEZ. 2º FINALISTA



EL DUELO

¿Sabéis cual es esa sensación? Esa que nos provoca un llanto profundo, que es fría, que nos ahoga en el dolor de nuestro interior.

Que hace que nos replanteemos cosas como ¿Por qué a mi? O simplemente ¿Por qué no yo? Reprimiendo en nuestra consciencia esos pensamientos bonitos pero que son deteriorados por el paso del tiempo. Cuando queremos recordar esos momentos únicos parece que el suelo ruge de tristeza y el mundo se desestabiliza a nuestro alrededor. Pero cuando estás en aquellos lugares donde solíais ir la mente se nubla y retrocedemos los días pensando en el último acto de cariño que recibimos.

Ese sentimiento que es como una puñalada en el punto más frágil de nuestro corazón, como una incesable lluvia que inunda el cálido recuerdo, el causante de derramar profundas lágrimas por imaginar que no volveremos a abrazar su dulce piel ni escuchar su peculiar voz.

Aquel frío sentimiento por el que necesitamos respirar y gritar pero hasta nuestros propios sollozos lo impiden mientras nos preguntamos ¿Podría haber hecho algo?

Muchos pasamos noches sin dormir, dejando que suene el decepcionante sonido del contestador porque todavía no creemos que este sentimiento se ha hecho real.

CARMEN DELGADO ORTIZ

UN MUNDO VERDE

Érase una vez un mundo verde donde todo era de color verde. Los árboles eran verdes, las frutas verdes, las casas verdes... Era muy bonito porque había muchos verdes distintos.

Un día unas personas cogieron el azul y pintaron algunas cosas de azul: el cielo azul, el mar azul, el zueco de mi padre azul. Otro día, otras personas cogieron el amarillo y pintaron el sol, limones, un rotulador. Y otras el rojo y pintaron fresas, etcétera. Pero siempre había un poco de verde: las fresas eran rojo y verde, el mar era azul y un poco verde, y así.

Era todo de colores, muy bonito, y estaban todos felices. Un día, unas personas empezaron a pintar de gris: el humo, unas máquinas, el polvo gris... Pero el gris se expandió y todo lo que el gris tocaba se quedaba gris. El mundo se contaminó de gris y todo se volvió triste porque ya no había colores.

Entonces se reunieron los habitantes del planeta y decidieron pintarlo todo como antes. Y una lluvia de colores lo devolvió todo a la normalidad. Todo se puso bonito y quedaron contentos. Y colorín coloreado, este cuento se ha acabado.

NICOLÁS MARTÍNEZ MARÍN



UN HELADO REVELADOR

Él era un hombre de mucho dinero. Estaba en su despacho, esperando a sus invitados. Su mujer había planeado una fiesta para sus socios. Una lluvia de cenizas cayó sobre el cenicero. A sus 60 años, tenía una vida monótona. Se levantaba siempre a las 7:00 de la mañana. Iba a trabajar. Comía. Dormía la siesta. Daba un paseo, cenaba, y a dormir. Al día siguiente la misma rutina. “Ding, Dong”. Ya llegaba el primer invitado. Se levantó. Sus socios le parecían ridículos. “Hazlo por el negocio”, le decía su mujer. Suspiró largamente y se dijo a sí mismo: “No será para tanto. Seguramente se irán en una hora”. Pero no fue así. Para su asombro se quedaron a cenar. Respiró aliviado cuando el último invitado se marchó. Ayudó a recoger la casa y subió las escaleras hacia su dormitorio. Se quedó leyendo un rato hasta que su vista no aguantó más. Apagó la luz. La oscuridad se apoderó de la habitación. La volvió a encender y bajó hacia la cocina. Ahí sacó un bote de helado de vainilla y se lo tomó entero. “No pasa nada por romper la rutina alguna vez”, pensó.

JUAN RODRÍGUEZ GALBIS

SOLAMENTE CANELA

Una tarde de lluvia estaba en mi pastelería preparando los croissants para exponer en el famoso encuentro de pasteleros del país donde cada uno presentaría sus mejores exquisiteces.

Me dijeron que vendrían a recoger el pedido a las doce en punto de la noche. No se oía a nadie por la calle, pero justo a las doce, sonó la campanita de la entrada y apareció un hombre.

“Buenas noches señora, vengo a recoger el encargo. Contamos con su asistencia mañana a las cuatro de la tarde”.

Al día siguiente me preparé con mucha antelación. El olor a dulce llenaba la sala y fui directamente a mi mesa para comprobar que todo estaba a punto para que pasaran los jueces.

Tras la entrega de premios los jueces cayeron al suelo delante de todos y murieron. Y entonces empezó el interrogatorio. Nos preguntaron uno por uno por los ingredientes utilizados, a lo que yo respondí: harina, huevos, levadura, azúcar... y mi ingrediente secreto. Mientras duraron las investigaciones, no pudimos salir del país, aunque el tiempo pasaba y no encontraban la causa de la muerte. Mientras, yo seguía horneando mis croissants con mi ingrediente secreto, solamente canela.

AIDA DÍAZ URIBE



EL PELO DE LOS PEREZOSOS VERDES

La piel de los perezosos verdes tiene un alga que es inmune al cáncer y a otras enfermedades.

¡Qué guay! Esto puede curar a mi abuelo. Voy a seguir leyendo.

Las algas se alimentan de la lluvia y la suciedad del pelo. El pelo puede servir de casa a muchos seres vivos.

Vi que estaba lloviendo y convencí a mamá para ir a casa del abuelo. Allí estaba él, cada día peor, tumbado en su silla con el ordenador. Primero, al contárselo me dijo que no lo había escuchado, al repetírselo por segunda vez me sonrió.

Después, el abuelo convenció a mamá y paseamos los dos juntos bajo la lluvia.

RAMÓN RODRÍGUEZ GONZÁLEZ

LAS AVENTURAS DE SIR TRISTÁN

En un pueblo muy tranquilo un día de repente apareció un dragón de tres cabezas y arrasó todo lo que encontró.

Contrataron a Sir Tristán para que el dragón no volviese más.

El caballero llegó a la guarida del dragón y le vio las tres cabezas.

Descubrió que cada una de las tres cabezas echaba fuego, veneno y rayos. Averiguó que las debilidades eran respectivamente agua bendita, poción y mascarilla antieléctrica. Tras un largo y difícil viaje bajo la lluvia y atravesando tormentas y muchos otros peligros consiguió todo lo necesario.

Volvió a la guarida del dragón y le echó el agua a la boca, mientras otra cabeza le tiró un rayo le puso la mascarilla y cuando la última cabeza iba a escupir el veneno, le lanzó la poción.

El dragón se quedó sin poderes. Al acercarse se dio cuenta de un olor apestoso que procedía de sus pies. Entendió que todo el mundo se burlaba del dragón por su olor de pies y por eso buscaba venganza. Le regaló un jabón de pies y el dragón contento se fue a darse un baño.

Una nueva victoria para Sir Tristán.

TRISTÁN PÉREZ DÍAZ



HERMANA PERDIDA

El día que murió mi madre me dijo que me quería y me dio una carta, dejándome sola, pues no tenía padre ni hermanos.

Al día siguiente, decidí que debía abrir la carta y leerla. Lo que ponía en la carta era: “Soy tu hermana gemela. Vivo en la vía Marcello, casa tres, en Roma. Me gustaría conocerte. Un beso, tu hermana gemela.”

Cuando terminé de leerla, estaba impactada, pero intuía que era verdad. Mi madre me había contado que viajó a Italia con mi padre y les había gustado tanto que dudaron quedarse a vivir allí.

Preparé algo de ropa y rebusqué en el baúl de mi madre donde encontré un diario de cuando eran jóvenes. Busqué la fecha de mi nacimiento y encontré esto: “24 de noviembre del 2000. En esta tarde de lluvia he dado a luz a dos preciosas gemelas, pero por su seguridad debemos separarlas. Una irá a Italia y la otra se quedará en España”.

Nerviosa, volé a Roma. Cuando llegué a la dirección de la carta, llamé a la puerta. Empezó a caer una lluvia fina. Abrió la persona que estaba buscando, esa chica era idéntica a mí.

SARA DÍAZ URIBE



TESTAMENTO DE UNA DEMENTE

“La estrepitosa lluvia a mi izquierda y la pluma en mi pecho, despido este mundo ciego”. Esa era la última frase de la carta que encontramos bañada en pequeñas gotas de sangre y tinta esparcidas encima del escritorio del señor Ritch. Él siempre fue un hombre trastornado, a las sombras de la verdad y viviendo solo en su pequeña cabaña de caza a cientos de kilómetros de la ciudad. Los juegos mentales siempre fueron su pasión, sobre todo esconderse en algún lugar cercano para observarnos detenidamente mientras realizábamos sus pruebas.

Finalmente, me senté en su gran sillón mientras mis compañeros buscaban algún veredicto. Como policía fue suicidio, como nieta otro de sus juegos macabros...

JULIA CASTAÑO FERNÁNDEZ. 1º PREMIO



ÉRASE QUE SE ERA

Érase que se era

En un principio, todo era uno y uno era todo.

Las montañas eran las llanuras y los desiertos los mares.

Surgió un amor de este equilibrio. Los cielos cayeron enamorados de la tierra y la tierra de los cielos. Este amor siguió durante años y siglos.

Un día, la tierra notó que el cielo se había separado ligeramente de ella. Aquello la enfadó. Con su enojo, el hueco entre los dos aumentó.

Con el tiempo, el conflicto creció. Cuanto más se enfadaban, más se separaban. Cuanto más se separaban, más se enfadaban. La distancia se volvió insalvable.

Años después, la Tierra notó algo distinto. Era agua, pero caía desde arriba. Al principio fue una gota, luego dos, y luego se transformó en un torrente que manaba desde el más profundo de los arrepentimientos. Eran lágrimas del cielo. Nació la lluvia.

Contagiada de este incontrolable aluvión de tristeza, la tierra empezó a llorar. Nacieron los torrentes, los ríos, los lagos.

Cielo y Tierra lloraban no haberse reconciliado, sobre todo ahora, cuando ya no había vuelta atrás. Pero ese sentimiento que hacía brotar lágrimas de añoranza, de impotencia y de rabia dio origen al mayor tesoro, la vida.

JUAN PUENTE BONAÑO



MONTBLANC

Mi vecino de asiento, en ventanilla, no ha dejado de escribir. Lo hace con una *Meisterstück* negra. *Large*, la gorda, la deseada, con su estrella de nieve coronando el brillante capuchón negro. Una fina lluvia va cubriendo la pista mientras el avión se aproxima majestuoso a la cabecera. Pero mi vecino no levanta la cabeza del bloc de notas, ni tan siquiera cuando tomamos altura y los coches en la autopista podrían caber en la mano de un niño. A 30.000 pies, mientras sobrevolamos el Montblanc, el hombre siente una urgencia de acudir al aseo, tan intensa como la que yo siento por saber qué escribe con tanta vehemencia. Cuando solicita permiso para acceder al pasillo, una inmensa alegría me invade porque el cuaderno ha quedado abierto sobre la bandeja y mi presbicia solo es incipiente, y leo: Mi vecino de asiento, en ventanilla, no ha dejado de escribir. Lo hace con una *Meisterstück* negra. *Large*, la gorda, la deseada...

SANTIAGO MELCÓN PÉREZ. 1º PREMIO

LA OVEJA ROJA

De repente se encontró metido en un túnel estrecho, empujado por una multitud. Era arrastrado por esa corriente unidireccional sin poder decidir su rumbo. Intentaba resistirse y retroceder, pero todo era inútil.

Al fondo se escuchaba un estruendo que no auguraba mejoría alguna. Al acercarse pudo ver como las paredes de aquella habitación se abrían y cerraban en un movimiento acompasado y continuo. Sin más remedio, se vio conducido a su interior y... ¡bum! Sintió cómo todo explotaba a su alrededor y salió despedido.

De nuevo de vuelta, su devenir parecía hacerse cada vez más cansino y fatigoso.

Hasta que llegó a otra amplia estancia, donde una fina lluvia alucinógena y reparadora le produjo una sensación de euforia. Por desgracia, efímera. Sin tiempo para disfrutarlo más, se vio de nuevo empujado hacia la salida.

Entonces empezó a reconocer pasillos que ya había recorrido. Era como dar vueltas sin sentido a ese circuito una y otra vez. A ninguno alrededor parecía importarle. Miraba al resto y solo veía complacencia y sumisión. Se sentía extraño, como una oveja negra en mitad de esa orquesta afinada con ritmo marcial.

En el fondo, él no había nacido para ser glóbulo rojo.

JOSÉ ANDRÉS GONZÁLEZ CUENCA. 1º FINALISTA

AL OTRO LADO DE LA CORREA

Cada mañana salimos de paseo. La correa es muy larga y siempre dejo que vaya delante. Me gusta verlo tranquilo y disfrutando de estar al aire libre, repitiendo sus rutinas con la misma alegría que el primer día. Esta vez dejé —como siempre— que parara y continuase caminando a su antojo. De pronto, se quedó embobado ante el cristal de un escaparate. Yo aproveché el descanso y bebí un poco. La lluvia había dejado esa mañana, aún sin absorber, algunos charcos. Me sorprendió de repente mi reflejo. Ese hocico, ¿desde cuándo lo tenía?

MARTA ANGULO PAIN. 2º FINALISTA

MAREJADA

A lo mejor en las nubes habitan seres vivos para los que la lluvia cae desde los mares que ven en el cielo, y a los que probablemente sus madres les dicen por la mañana: niño, llévate el paraguas, que se ve el mar muy negro.

ESPERANZA RODRÍGUEZ MATARREDONDA

EL USURPADOR

Papá y Mamá han vuelto hoy a casa. En brazos de Mamá hay un bulto enrollado en una manta. Me lo presentan como Bebé y me dicen que he de tener mucho cuidado con él.

Es pequeño, arrugado y no sabe ni hablar ni andar. No parece muy interesante, me vuelvo a jugar con mi pelota.

De noche chilla mucho y no nos deja dormir. Creo que está defectuoso, deberían devolverlo.

Ocupa gran parte del tiempo de Papá y Mamá y ya no se encargan de mí como antes. Se aseguran de que coma y esté limpio, pero ya no me hacen tantos mimos ni juegan conmigo.

Un día de lluvia que no puedo estar en el jardín, al asomarme por la puerta del salón, veo a Bebé sentado en su hamaquita observándome. Escondo la cabeza detrás de la puerta y la vuelvo a asomar. Lo repito. Bebé empieza a reír. Tiene una risa curiosa, suena a pura felicidad. Papá y Mamá me miran con admiración, como si yo hubiera logrado una hazaña. De cenar me dan mis croquetas favoritas y Bebé me sonrío.

Finalmente, Bebé no está tan mal. Le enseñaré a cazar ratones. Miau.

MACARENA DÍAZ REYNARD

LA VISITA

La celebración había sido preparada con esmero y dedicación. El acontecimiento lo merecía, y pusieron todo su empeño para que resultase muy especial. Nada faltó, y la perfecta organización recibió las alabanzas de todos los invitados.

Una felicidad desbordante se reflejaba en la alegría exultante y contagiosa de los presentes; el regocijo y el alborozo reinantes se imponían ineluctablemente de forma generalizada en el animadísimo ambiente. Nada hacía presagiar que aquella intensa lluvia de entusiasmos y júbilo pudiera alterarse. Se equivocaban.

Repentinamente, ella apareció tras la portezuela del jardín, cubierta con su amplio vestido negro, que siempre la había caracterizado. Su mirada torva e inquisitiva se detuvo en el homenajeado, y, enseguida, él la reconoció. Sabía que podría aparecer en cualquier momento, pero nunca imaginó que eligiese aquel día precisamente. Firmemente decidido, se encaminó hacia ella; sus allegados intentaron retenerlo. Ella observaba la escena con una imperceptible mueca complacida que delataba su seguridad en la infructuosidad de aquel vano intento.

Un espeso silencio cubrió la algarabía que sólo instantes antes los inundaba.

El encuentro fue breve. Enlazaron sus brazos, se giraron y emprendieron la marcha acompasadamente. Debajo del largo vestido negro asomaba el filo rutilante de una guadaña.

MANUEL OSOTRA

MOJÓN, MOJÓN

El tiempo es caprichoso. Mojón Mojón. ¡Dios mío! Mojón mojón. Será siempre la imagen de un mal sueño apuntalado en mis recuerdos. Y, lo peor, en los tuyos. Mojón mojón. Nunca fui de grandes despedidas; pero esto es demasiado. ¿Quién me mandaría haber sido tan gráfico? ¿Por qué se para el tiempo cuando uno menos se lo espera? Tú te fuiste como un rayo que apenas espera a que llegue la lluvia. El tiempo se te detuvo antojadizo y mi juicio jocoso se convirtió en una despedida de mierda; perdón, de espanto. No quise ni mirar cuál fue la irrisoria razón de este escatológico adiós. Mojón mojón. Que no me digan que no pasa nada: debí haberte puesto una carita sonriente, con corazones; una simpática manita moviéndose de lado a lado; o un sencillo beso. Pero no. ¡No! Mojón mojón. Me duele estar aquí, frente a tu ataúd, reprochándome que ese fuera mi último mensaje y echando de menos más que nunca las palabras. ¡Muerte caprichosa! ¡Maldito WhatsApp!

HUGO NACHER ORDÓÑEZ

EL CONTABLE

Me llamo Juan Luis y me dedico a la contabilidad en una pequeña gestoría. Se me dan bien los números, las facturas y los asientos contables. Llego cada mañana a la oficina andando, excepto los días de lluvia, que cojo un autobús y me bajo en la tercera parada. Mi oficina es un poco gris, mis compañeros un poco grises, pero todo es tranquilo y ordenado.

Mi vida transcurre entre el ordenador y la calculadora, excepto los jueves. Hay un local en un polígono industrial de las afueras donde actúo cada semana. Imito a Rafaela Carrá, Kylie Minogue y Lady Gaga.

Anoche triunfé con *I will survive*. Todo el local me ovacionó. Me había maquillado a juego con mis plataformas nuevas malva. Cuando llegué a casa estaba tan cansado que me tiré en la cama con una sonrisa de oreja a oreja.

Esta mañana en la oficina mis compañeros me han saludado con una gran sonrisa. Lucía la recepcionista me ha dado un abrazo. Me sentía sorprendido pero contento. No lo he entendido hasta que he ido al baño y he visto en el espejo mis ojos sombreados de purpurina malva.

M^a ISABEL GONZÁLEZ CUENCA

IN MEMORIAM

Recuerdo cuando se llamaba lluvia.

Recuerdo el olor en las aceras con las primeras gotas, la dicha que encerraba esa fragancia. Recuerdo los calcetines mojados, los pasos rápidos sorteando los charcos, esa rayuela espontánea que tanto nos divertía al salir del colegio. Recuerdo aquella carrera cogidos de la mano para refugiarnos del chaparrón en un estrecho portal, la intimidad de los cuerpos que nos sobrecogía por primera vez, las nubes que creaba nuestro aliento, los ojos húmedos y despiertos para el espectáculo que la vida nos preparaba. Recuerdo los juegos en los atascos cuando los niños eran pequeños, cuando los regueros que desdibujaba el limpiaparabrisas eran grandes ríos que un dios salvaje barría de la faz de la tierra entre risas de esperpento.

Me acuerdo de los terribles pasos que dio hasta perder su nombre. Hasta llegar al tristísimo infierno de su ausencia.

MARÍA AUXILIADORA RUIZ PAU

ÍNDICE

INFANTIL I

FERNANDO VILLEGAS MARTÍN	7
MIGUEL BARRAL MARTÍN	8
JUAN PABLO GARCÍA MARTÍN	9

INFANTIL II

JULIA BARRAL MARTÍN	13
CARMEN RODRÍGUEZ GALBIS	14
CARMEN RODRÍGUEZ GONZÁLEZ.....	15
CARMEN DELGADO ORTIZ	16
NICOLÁS MARTÍNEZ MARÍN	17
JUAN RODRÍGUEZ GALBIS.....	18
AIDA DÍAZ URIBE.....	19
RAMÓN RODRÍGUEZ GONZÁLEZ	20
TRISTÁN PÉREZ DÍAZ.....	21

JUVENIL

JULIA CASTAÑO FERNÁNDEZ	25
JUAN PUENTE BONAÑO	26

SENIOR

SANTIAGO MELCÓN PÉREZ.....	29
JOSÉ ANDRÉS GONZÁLEZ CUENCA.....	30
MARTA ANGULO PAIN	31
ESPERANZA RODRÍGUEZ MATARREDONDA.....	32
MACARENA DÍAZ REYNARD.....	33
MANUEL OSOTRA	34
HUGO NACHER ORDÓÑEZ	35
M ^a ISABEL GONZÁLEZ CUENCA	36
M ^a AUXILIADORA RUIZ PAU	37

